

ya va por el sexto "Caballo". ¡Yo creo que pretende montar una granja!

Al oír aquello soltó una estrepitosa carcajada.

- Chistes malos aparte -proseguí sin inmutarme- es un buen escritor, tiene obras muy interesantes.

- Y... usted, ¿qué libros tiene?

- Actualmente creo que se están distribuyendo dos de mis títulos aquí en Barcelona; pero, si no te importa, dejemos eso ahora. ¿Qué tal te llevas con esa pobre mujer?

- Mejor que bien, y puede que sea el único de la zona. Me da lástima, y le hago algunos favores; incluso, me debe algún dinero. Al oír aquello no pude evitar alegrarme, puesto que me facilitaba las cosas.

- Escucha -proseguí en tono confidencial- quiero que le ofrezcas algún dinero para que acceda a mantener una charla conmigo. Si lo consigues habrá diez mil para ti.

- ¡Diez mil más lo que me debe! Eso está hecho. Pero... no podrá hablar con ella hasta el miércoles; sólo viene por la mañana tras su compra diaria y... el primer día lo necesito para proponérselo. Además, tan apenas dispondrá de veinte minutos o media hora. Su marido la controla.

- Sí, ya me he dado cuenta -murmuré preocupado- ¿Dispones de un lugar donde poder hablar a solas?

- Claro que sí -respondió guiñándome el ojo con aire de complicidad- disponemos de un reservado muy coquetón, vacío por las mañanas.

-De acuerdo. Llámame por teléfono si acepta.

- ¿Si acepta? ¿Qué remedio le tocará! - puntualizó convencido mi interlocutor.

A continuación extraje de mi cartera una tarjeta de visita y se la entregué. Cuando la examinó, murmuró para sí.

- "Almacenes" provincia de Lleida. ¿Donde cae esto?

- ¡Almacelles coño! -le rectifiqué.

- ¿Qué más da? -rió haciéndose el gracioso. -Tampoco sé donde para...

Antes de abandonar el local le entregué a cuenta un billete de cinco mil pesetas para que no olvidara su compromiso.

Dos días después sobre las doce de la mañana sonó el teléfono de mi despacho. Al descolgar reconocí su voz.

- ¡Ola! Soy Luis -le noté algo excitado- ¡La madre que la parió! He tenido que amenazarla con pedirle a su marido lo que me debe para conseguir que hable con usted. ¡Sólo por dinero no hubiese aceptado! Aunque sin embargo, le he prometido que le dará usted cincuenta mil pesetas.

- ¡Caramba! -exclamé- ¿No te has pasado un poco?

- Le aseguro que no. Pero... aún hay más: me ha dicho que, antes de hablar con usted deberá prometerle algo. Al principio temí que fuese usted policía. La he convencido de lo contrario comprando sus libros y enseñándole sus fotos de contraportada. Gracias a Dios le ha reconocido de cuando le vio hablando con su marido en el rellano del piso. Tiene que esperarla mañana aquí sobre las diez.

- Vale, vale, de acuerdo. Ahí estaré -respondí ante la avalancha de palabras que me soltó en poco tiempo.

- ¡No se olvide del dinero! - Volvió a decir antes de colgar.

Me invadió una extraña emoción al comprobar que se acumulaban evidencias sobre la autenticidad de la historia que me había contado mi paisano almacellense.

Aquel día, acosado por un torbellino de ideas fui incapaz de continuar escribiendo ¿Por qué temía a la policía aquella mujer? ¿Qué tipo de promesa quería exigirme? Por lo visto, el anciano castrado no conocía de la misa la mitad.

Ya por la noche continué sin poder apartar de mi mente aquel torbellino de ideas y conjeturas que una tras otra continuaban intrigándome. Cansado de dar vueltas en la cama sin poder dormir, a las tres de la madrugada decidí levantarme y emprender el viaje, si más no, para distraerme con la conducción.

Tras un trayecto de dos horas casi en solitario por la autopista, a las cinco y media de la mañana aparqué mi vehículo frente al bar del "marica". La calle estaba desierta y silenciosa, rota su quietud tan sólo de tanto en tanto por algún que otro taxi que pasaba a toda pastilla. Desplacé el respaldo del asiento hacia atrás con la intención de dormir un rato, pero solo conseguí adormir mi mente mientras bagaba en libertad por un extraño universo de grisáceas brumas, evocando no se porqué, épocas amargas de mi niñez. Cuando el frío me obligó puse el motor en marcha y conecté la calefacción, hasta que la claridad del cielo comenzó a descender y la calle se convirtió en el habitual infierno de ruido, coches y polución. Entonces, con aspecto de "Colombo" -dado el lamentable estado de mi ropa y cabello-, me dirigí hacia el bar para conocer las últimas impresiones del camarero antes de que llegase la anciana, con la intención de preparar mi estrategia.

Al entrar encontré dos mozos de escuadra frente al mostrador, sus gorras descansaban sobre una mesa cercana. Me situé algo retirado de ellos, y al verme mi amigo se acercó.

- Ha llegado usted muy pronto -dijo mirándose el reloj.

- Sí, así es -le contesté asintiendo con la cabeza- quería hablar contigo antes de que llegue la mujer.

- ¿Sobre qué? -inquirió un poco intrigado.

- Simplemente sobre su reacción cuando la abordaste... sobre sus respuestas...

- ¿Su reacción? -respondió arqueando las cejas- ¡Cuando le dije que le preguntaría sobre Almacelles, fue como ver al diablo! ¡Jamás he visto una mujer tan asustada! Tuve que jugar sucio esgrimiendo el dinero que me debe para lograr que accediese; aunque también influyó la cantidad que le prometí, claro. Sin embargo, como ya le adelanté, deberá usted prometerle que todo cuanto le diga no trascenderá.

- Le puedo prometer no dar a conocer su identidad ni los detalles susceptibles de descubrirla, suponiendo que su declaración aporte algo acerca del misterio OVNI. De no ser así, mañana ni tan siquiera me acordaré de su nombre.

- Usted dígame que no lo comentará con nadie y punto -me advirtió autoritario- a los viejos no se les puede ir con tecnicismos.

A continuación se alejó para atender a un cliente, y aproveché para ir al servicio, peinarme y arreglarme un poco. Cuando salí charlaba amigablemente con los policías. Le pedí un café, y me trasladé con él a una mesa cercana acompañado de La Vanguardia